

Modern Latin American Literature

"La literatura latinoamericana por fin se está convirtiendo en una de las grandes literaturas del mundo occidental" dicen (sin poner en claro si por su conseguido universalismo (?) o porque su propio ser ha limitado sus expectativas a las del mundo occidental (?) los autores de estos dos pesados tomos en la introducción, antológicos, promocionales, boomistas y avalantes de la literatura latinoamericana en tanto que materia de estudio de los miles de spanish depts. de miles de universidades norteamericanas. La antología es práctica si el lector —"estudiante, scholar, bibliotecario, investigador"— se ve en el trago de agenciarse unas cuantas citas altisonantes pro violetazo de erudición.

En realidad *Modern Latin American Literature* deslumbra por la efectividad de su base informática y el aparato de su metodología. Los dos volúmenes reúnen un millar de fragmentos críticos sobre 139 escritores latinoamericanos debidos al fervor curioso e inagotable de unos 800 críticos 800, tomados de más de 100 revistas latinoamericanas y norteamericanas y europeas. La redondez de los números encandila tanto como repasar, en la magra introducción, el mito del re-descubrimiento de América Latina por las revistas y las universidades gringas y recordar que *Books Abroad* le dio su premio, en 1972, a G.G.M. Lo que ya no sólo encandila sino irrita es saber que todavía somos *abroads*, que somos los otros. Es cierto, sí, pero desde una perspectiva bien diferente. De ahí que quizá el 90% de los fragmentos incluidos se deban a distinguidos profesores universitarios del vecino país, como dicen los diputados (no menos distinguidos). El resto se lo reparten críticos de lo que queda del mundo. Los más representados son, of course, Anderson Imbert, Frank Dauster, Seymour Menton, Joseph Sommer y Emir Rodríguez Monegal. El trabajo establece entre sus objetivos subrayar la importancia del "retorno de las carabelas" presentando a los autores desde el punto de vista de los principales críticos de su propio país y del extranjero "con la particular importancia de su recepción en los EUA", o sea que la inclusión de cada autor estaba sujeta en buen grado a las traducciones de su obra al inglés.

El criterio selectivo se rige por la importancia de los escritores (según el criterio de los traductores) muertos después de 1900; aquellos que han fundado la tradición latinoamericana; aquellos que han llamado suficientemente la atención de la crítica (lo que anula a los "jóvenes prometedores como Juan García Ponce") y, por último, aquellos que han sido más tomados en cuenta por los cursos especializados en las universidades norteamericanas.

Como resultará evidente, el resultado es parcial y limitado y más la dureza que lo tupido culmina en la habitual retahila de lugares comunes (el lúdico escepticismo de Borges; la lexica rebelión de Darío; el mágico barroquismo de García Márquez) que se derivan de la simpática anuencia del crítico gabacho (es muy loable la rebeldía de fulano; el gracioso mundo latino que surge de pronto de la líquida prosa de mengano) que todo lo mide con la vara de Borges (se acerca a; no deja de recordar el trabajo de; seguidor de Borges en esto de tratar tal) para resultar en una codificada lectura solapienta y dominical.

¿Cuál es, a la larga, la utilidad de un trabajo como éste? Informática, bibliográfica, ideológica, evidencia un modo de lectura desigual y condicionado. Todo se lee desde afuera con higiénico distanciamiento propio de curious shop, en donde lo grotesco local se identifica sólo a partir de lo normal de casa en un juego de referencias y comparaciones harto inútil: GGM con Faulkner, Mujica Lainez —sobre quien se citan unas páginas de Edmund



Wilson— con Conrad, Juana de Ibarbourou con Langston Hughes.

Se extrañan autores que ni las consabidas excusas sobre las evidentes ausencias de las antologías justifican: uno extraña a Re-vueltas, por ejemplo, y a Macedonio, y siente que hay muchos que sobran. Más extraña uno la crítica seria y creativa, lejana al fácil caribdis de la opinión, y piensa si los fervores de la computadora y los logros del índice servirán para algo más que para ampliar los catálogos de tesis de la Universidad de Appalachia. Sirve, sí, para sentir que nuestra crítica no será tan tupida pero sí, quizá, más dura y que —fuera de Harss y Jean Franco— poco tienen que hacer ante Vargas Llosa o Zum Felde o Angel Rama los que no son tampoco como Updike o A. Alvarez.

G. S.

* *Modern Latin American Literature* de David y Virginia Foster, Unger Publishing Co., N. Y., 1976.

Macedonio ante la crítica

Macedonio Fernández ("un hombre que quería que los personajes de sus novelas fuesen éticamente perfectos cuando nuestra época parece proponerse todo lo contrario" Borges) también fue un hombre —también según Borges— al que la literatura le interesaba menos que el pensamiento y más el pensamiento que publicar, o sea, casi nada, y a quien, por tanto, poco asombraría ver a los críticos pensando —caso de Jitrik— y publicando —caso de Jitrik y García— escritos sobre su obra elocuente hasta cuando trunca. Escéptico militante, contracorrientes impulsivo, empeñado en poner en duda hasta la existencia del lector por medio de sus personajes como dice De Obieta, su inexplicable hijo, no poco se atribularía al leer la desigual batalla de G.L. García contra los pavorosos molinos de su alegada (de Macedonio) extrarrealidad. Pero la historia obliga: no todos los lectores, como quiere Haroldo de Campos, pueden (o quieren) ser coautores de ese juego que deviene literatura inconclusa y tantállica (el juego siempre es posposición de El Juego)

* Noé Jitrik: *El No Existente Cabellero*, Megápolis, Buenos Aires, 1975, y *El fuego de la especie*, Ed. Sudamericana, 1971; Germán Leopoldo García: *Macedonio Fernández: la escritura en objeto*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1975.